

fiados, como buscando el nido de que los había alejado la maldad de los hombres.

El primero que llegó fué el general don Marcial Lazcano. Le seguían como veinte individuos entre oficiales y tropa, y corrían delante de él queriendo solazarse con el exquisito espectáculo que daría el maldito demagogo. Muchos habían sido subordinados de Lazcano y habían sido reprendidos por él; otros sabían que era un bravo y que moriría valientemente; había que verle á toda costa.

— Aquí viene el testarudo, decía uno.

— Para que vea lo que es juntarse con bandidos.

— A ver si ahora se arrepiente.

— Que lo venga á salvar el sacristán de Morelia.

El viejo guerrillero alzó la cabeza, que llevaba agachada, dejó de rezar la oración que mascullaba entre dientes, y volviéndose á los que le vejaban, dijo sereno:

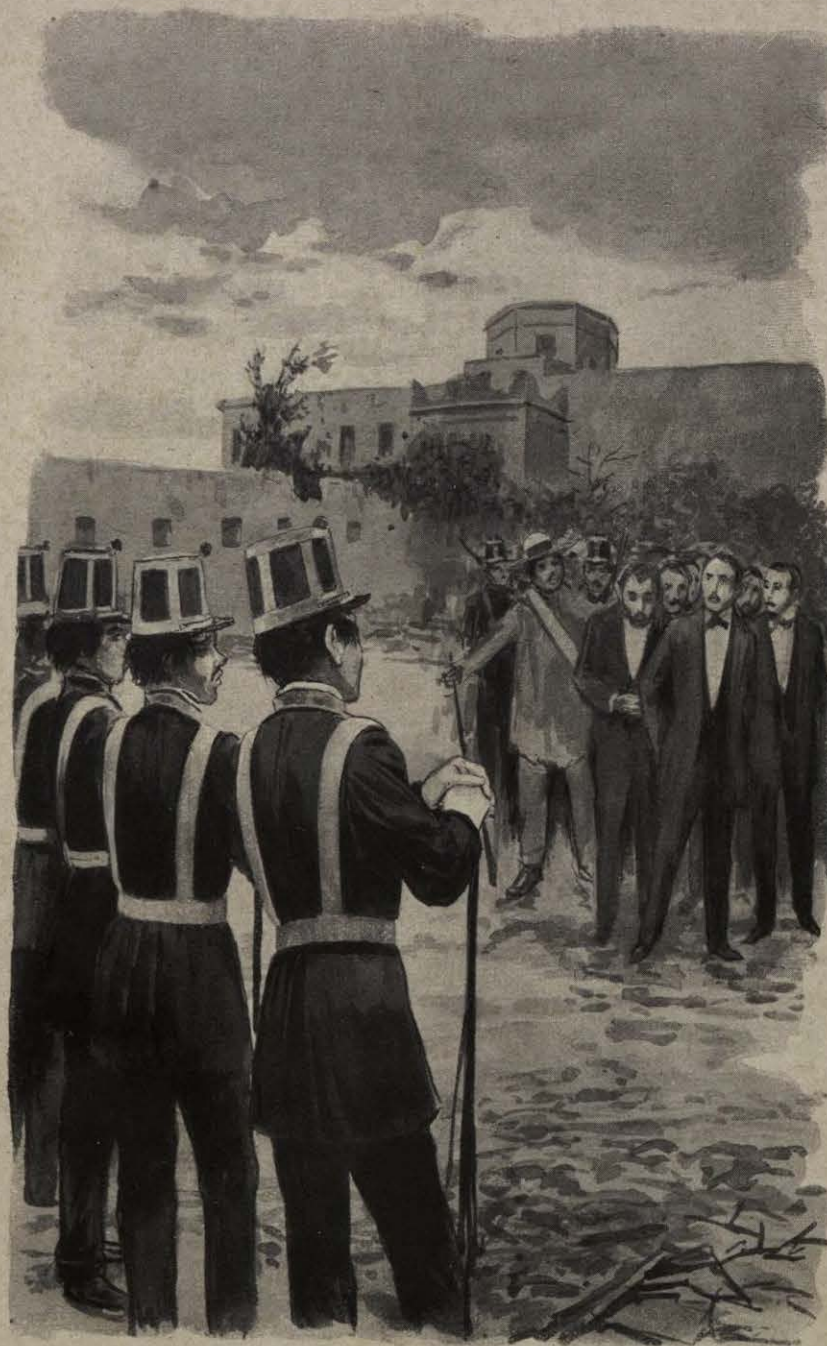
— Señores, no hay cobardía ni bajaiza más grandes que insultar á un muerto.

Le ordenaron que se volviera de espaldas para fusilarle como traidor, y contestó:

— ¡No soy traidor por defender la libertad de mi patria; sólo siento morir por mi familia, que vive de mi sueldo!

Pidió un vaso de agua, recibió la descarga y cayó al pie de un árbol.

Murieron después el coronel Jenaro Villagrán, que tenía una importantísima hoja de servicios por su bri-



... á poco salieron en cuerpo de patrulla los doctores

llante comportamiento en tiempo de la invasión americana; el coronel Arteaga, escribano afiliado á la Guardia nacional, el capitán López y el teniente Sierra.

Creíamos que seguirían ejecuciones de militares, pero nos engañamos; á poco salieron en cuerpo de patrulla los doctores y fueron colocados en el patíbulo uno tras otro. Eran don Manuel Sánchez, don Gabriel Rivero, don Juan Duval, inglés de nación, don Alberto Abad y don Ildefonso Portugal.

Sánchez era el mismo diestro cirujano que acababa de decir que no huía porque su puesto estaba en el hospital; Rivero era el jefe de nuestro cuerpo médico; Duval era un hombre acomodado, caritativo y filántropo, que jamás recibía paga por sus servicios y que había ido á nuestras filas porque creyó ser útil á los desgraciados; Abad era un joven lleno de esperanzas, y Portugal, hombre de talento clarísimo, pertenecía á una distinguida familia de Morelia: era primo hermano de don Severo del Castillo, ministro de la Guerra en el gabinete de Miramón.

Juan Díaz Covarrubias y José María Sánchez, mis más antiguos y queridos amigos, también estaban entre los sentenciados.

Los médicos murieron tranquilos, vitoreando á la libertad, maldiciendo á sus verdugos y llenos de fe y esperanza.

Luego tocó el turno á los ayudantes, que estaban

reservados para su hora. Sánchez lloraba como un chiquillo recordando su hogar lejano, su madre amorosa, su carrera truncada; pero á la hora que tuvo que recibir las balas, se rehizo y murió como un valiente.

Juan Díaz Covarrubias era un niño, el bozo apenas le pintaba, el semblante era jovial y comunicativo; el cuerpo, mediano y bien proporcionado, ostentaba miembros atléticos; parecía nacido para vivir y luchar luengos y dichosos años; sólo la mirada era triste y honda, como si viniera de regiones lejanas.

Pidió mi amigo un confesor, pero le dijeron que no había tiempo. No hubo un solo sacerdote allí donde morían tantos hombres; todos estaban ocupados en preparar los turíbulos para incensar á Miramón y á Márquez.

Pidió Juan el permiso para despedirse de su hermano: le dijeron que no había tiempo.

Pidió papel y pluma para escribir á su familia: le dijeron que no había tiempo.

Echó el pobre una mirada en su derredor, encontró la mía que le buscaba, y me sonrió. Quizás mi semblante, un semblante amigo, le haya recordado que no moría solo y haya gozado ese lenitivo en su agonía.

Luego se colocó como le ordenaron y regaló su reloj al oficial que mandaba la ejecución. Los soldados lloraban sin atreverse á disparar; el oficial repitió las voces de mando, y sólo salieron dos tiros; uno hirió á Juan en una

pierna y otro en la caja del cuerpo; pareció que había muerto y así lo arrojaron en el montón de cadáveres.

El grupo de prisioneros había guardado silencio ante aquellas atrocidades; pero cuando vió que caía aquella cabeza privilegiada de poeta y de pensador, un murmullo sordo corrió por las filas de los que aguardábamos seguir la suerte del simpático jalapeño.

Nunca lo hubieran oído los asesinos; á culatazos primero y á bayonetazos después acallaron la protesta de los que casi ya no pertenecían á la comunión de los vivos.

Iban á seguir su tarea con los que estábamos presentes, cuando los verdugos llegaron conduciendo á un hombre de buena edad, guapo y simpático. Llevaba un saco ligero de alpaca y zapatillas de andar por casa; en efecto, se encontraba en Mixcoac, al lado de su mujer y sus hijos, cuando fué aprehendido el licenciado don Agustín Jáuregui.

De prisa se le fusiló, de prisa se le arrojó al montón de los cadáveres y de prisa se pasó á otro sentenciado.

Era Manuel Mateos, joven á quien tú conociste y estimaste por su hermoso talento, por su habilidad para manejar la pluma y por su noble y sincero entusiasmo en favor de la libertad. Hacía un año que había recibido el título de abogado, y unos cuantos meses que se había unido al ejército liberal. No hubo un cobarde entre todos los asesinados, pero menos lo fué Mateos. Dirigió la pa-

labra á los soldados diciendo que les perdonaba porque no sabían lo que hacían asesinando á los que les daban libertad; que deseaba que su sangre no fuera vengada; que la muerte no le aterraba; que aceptaba gustoso el sacrificio



de su vida si había de servir para implantar el orden y la libertad en su patria...

No pudo seguir; al oficial le pareció que aquello duraba demasiado, y levantó la espada para ordenar la descarga que acabó con el fogoso republicano.

Pero ya no podían los ejecutores entretenerse en perfiles, ni oír peroraciones, ni gastar complacencias con los moribundos. Ya era noche cerrada y había que terminar la labor.

En montón se llevó á los paisanos Rodríguez, Esquivel, Chávez, Tellechea, Becerril, Vargas y López, y los italianos Kissler y Nervis, hasta completar *cincuenta y tres*.

Repentinamente la puerta se abrió y metieron á un pobre viejo claudicante y muerto de miedo; á empujones le sujetaron al pie de gallo y le fusilaron.

Largo rato batallé por recordar quién podía ser aquel desgraciado, pero no lo logré. Ya desesperaba, cuando un rayo de luz hirió mi memoria: era el viejo que guiando una pareja de bueyes tísicos se entretenía en sembrar su terrenito á la hora que caían las bombas á su alrededor.

Casos como éste los hubo á montones. Dos niños apellidados Smith, hijos de un caballero americano y de una señora mexicana, llegaron del interior para ingresar á un colegio de México. Como encontraron obstruido el camino, se detuvieron en Tacubaya, y con la curiosidad propia de sus años anduvieron recorriendo el terreno una vez pasada la acción.

El verlos alegres, bien vestidos, rubios, fueron motivos bastantes para llevarlos al Arzobispado y fusilarlos inhumanamente.

Un niño de diez años á quien su madre había puesto blusa roja para recrearse mirándole, discurría por las calles desde que cesó el fuego. Dos dragones de grandes barbas, llenos de cicatrices honrosas, acometieron una

hazaña que no dejará de anotarse en su hoja de servicios: hacer pedazos á lanzadas al inocente.

El coronel Bello miraba ya los fusiles listos á dispararse contra él, cuando se alzó como inspirado y gritó:

— ¡Alto! no disparen; tengo que hacer una revelación al General en jefe. Bajaron las armas los soldados, creyendo que iban á tener manera de añadir nuevas víctimas á las que llevaban hechas; pero Bello, empujando á dos de los carniceros, saltó una pared, cayó á un barranco y se escapó entre una granizada de balas.

Sólo quedábamos en el patio el profesor de gimnasia don Feliciano Chavarría, dos ingleses empleados en el ferrocarril y yo, cuando llegó á todo correr un ordenanza y entregó un pliego á Daza Argüelles. El malvado pareció espantarse, subió á caballo cayendo sobre la silla como un odre que se deshinchara, y partió rumbo á México.

Yo no pensaba, no calculaba, no sabía nada; ni hablaba ni escuchaba, ni me movía ni quería moverme. Uno de los ingleses daba vueltas en el espacio no ocupado por los cuerpos de los muertos, otro fumaba un habano; los matadores descansaban durmiendo ó aletargados. ¡No había sido floja la obra!

Y entretanto oía la voz de las hermanas que con velas en la mano rezaban cerca del fúnebre montón:

«Librad, Señor, su alma de todos los peligros del infierno y de todo mal. Amén.



... con velas en la mano rezaban cerca del fúnebre montón ...

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Enoch y á Elías de la muerte común á todos los hombres. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Noé del Diluvio. Amén.

»Librad, Señor, su alma como sacasteis á Abraham de Ur en Caldea. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Jacob de sus padecimientos. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Daniel de la caverna de los leones. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á los tres niños del horno ardiente y del poder de un rey impío. Amén.

»Y como librasteis á la bienaventurada Tecla, Virgen y Mártir, de los más atroces tormentos, dignaos librar el alma de vuestro servidor y admitirla á participar con vos de los bienes celestes. Amén.»

.....
«Socorred su alma, oh Santos de Dios; venid á su encuentro, ángeles de Dios; recibidla y presentadla al Todo poderoso... Que Cristo que os ha llamado, os reciba; y que los ángeles os introduzcan en el seno de Abraham... Recibidla. Dadle, Señor, el eterno reposo y que la perpetua luz la ilumine. Presentadla...»

Y las cofias blancas, y las pardas estameñas, y los rosarios repiqueteadores y las velas de cera y los ojos negros que leían y lloraban, iban de aquí para allá, des-

cubriendo un difunto bajo un emparrado, otro arrimado á una pared, otro recargado junto á un árbol, y muertos por todas partes, en posturas raras, ya rígidos, ya incapaces de sujetarse á esa posición en que los colocan el amor y la piedad.

Pero de mi inconsciencia, de mi idiotismo, brotó á la vista de aquellos horrores un raudal desconocido que socavó la roca que pesaba sobre mí y me inundó ojos, mejillas y boca de un líquido tibio y salobre que vertí hasta desahogarme.

Luego, uno de los ingleses se me acercó:

— ¿*Sente un cabaya?* me dijo.

En efecto, galopaba un caballo y había hecho alto en nuestro departamento un jinete que entró á poco y dió un papel al jefe del punto, que cuando lo leyó dijo:

— Se suspenden las ejecuciones y los señores van presos á México.

Nos levantamos como impelidos por un resorte, se levantaron también los ejecutores, y uno, tomándome del brazo, quiso llevarme al pie de gallo.

— Bruto, ¿no has oído que se suspende todo?

— Perdone, mi jefe, contestó el facineroso; yo *creiba* que todo seguía, y como estaba dormido...

Ya salíamos, cuando el mismo salvaje dijo al oficial:

— Mi capitán, uno de los *dijuntos entoavía* resuella...

Y el muy infame dió de culatazos en la noble cabeza de mi amigo el poeta mártir.

Mientras nos preveníamos para la marcha, los oficiales que nos habían de conducir se referían sus impresiones de la jornada. Miramón, que regresaba de Veracruz, había llegado al campo de batalla en el momento en que terminaba el encuentro, y había ceñido á Márquez la banda de general de División que portaba; se hacían regios preparativos para la entrada de las tropas, y se cantarían *Te Deums* por la victoria; se regalaría á Márquez una banda roja, color de sangre, y las señoras más distinguidas le arrojarían flores.

De los fugitivos, poco se sabía; en Atzacapotzalco habían estado don Santos y Juan José Baz. El exgobernador del Distrito iba ardiendo de calentura y había pedido el auxilio de un médico... A pesar de eso, seguía con sus impías chanzas; había anunciado que pronto volvería sobre México y que haría celebrar un baile de máscaras en la catedral, presentando á la concurrencia un espectáculo nuevo: un reaccionario y un fraile colgados alternativamente de los árboles del atrio.

Habían caído en poder de los reaccionarios el archivo de Degollado, su banda y su casaca; ya estaban las prendas de vestir recibiendo el lodo que les arrojaba el vulgo en las afueras del Palacio.

A pie y en medio de las dos filas de caballos emprendimos el camino los cuatro prisioneros.

La noche era cerrada y oscura; el trueno remugaba

á lo lejos; los torrentes cantaban su eterna melopea; los pies se hundían en el lodo del suelo y los ojos en la negrura del espacio; ni siquiera un relámpago rayaba la enorme pizarra que gravitaba sobre nuestras cabezas.

Y mientras tanto yo, silencioso y triste, pensaba que más negra, más horrenda, más cerrada es la noche que cubre á nuestra patria. Pero ¿acaso, como la naturaleza resucitará mañana al conjuro del sol, no tenemos derecho de esperar que también descienda el conjuro del sol de la libertad, para dar vida á un México nuevo, glorioso y feliz como lo buscamos? Tuyo siempre. — JUAN.



PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

DE EL GOLPE DE ESTADO

	Págs.
El cuarto era chiquito, pero albeando de limpieza	15
Hasta la escalera del Palacio marchamos juntos	32
A media noche leyó Prieto unos versos	53
Por fin salió la incógnita acompañada hasta la puerta de la calle.	73
D. Guillermo Prieto	88
Me cogió de la capa, y dejándola en sus manos	108
Cerca de la Catedral había un inmenso grupo de gentes que leían.	133
— Quien lo toma por donde quema es usted, grandísimo bribón.	144
Cuando pasaron por el curato, los recibió con una descarga . . .	170
... y extendiendo las manos, dijeron á un tiempo: ¡Sí, juramos!	177
Pasaba la procesión del Santo Entierro	200
A éste le habían matado el padre; á aquél le habían <i>jurtado</i> la madre	221
De hoy en adelante no más galas	245
— ¿Ha probado bien el agua?	267
D. Benito Juárez	285
Entonces soñé que Safo trataba de dar el golpe de Estado . . .	301
D. Miguel Lerdo de Tejada	316
Eran Miramón y Osollos, que corrían á la Ciudadela	336
Las tropas reaccionarias entraban en ese momento	351
Se introducía la hueste de Calderón en los cuerpos contrarios . .	362
... estaba un grupo de <i>pepenadores</i> rodeando un cuerpo	367
D. Melchor Ocampo	384
D. José María Calderón	393